

El sueño del pastorcillo

Un pastorcillo sacaba todos los días su pequeño rebaño de ovejas y cabras a pastar por los campos. Tendría unos ocho años de edad y su mayor ilusión era ir a la escuela para aprender cosas.

Eran cinco hermanos y en horas del colegio, él siempre tenía que estar con su pequeño rebaño en el campo.

Un día le dijo a su madre, que quería ir a la escuela para aprender cosas y la madre con mucha pena le contestó —hijo mío, que más quisiera yo, pero eres el mayor de tus hermanos y como bien sabes, tu padre está muy enfermo y no puede trabajar cuando papá se ponga bien podrás ir a la escuela, de momento y aunque me duele mucho decírtelo, no puedes.

Hay que sacar el rebaño para que pueda pastar y con la leche que sacamos, podemos comer tus hermanos, tú y nosotros.

Guillermo, que era como se llamaba el pastorcillo, ese día se fue a dormir triste por que de momento no podía ir a la escuela y a la vez muy contento, por que gracias a él, su familia no pasaría hambre.

Al día siguiente y como siempre, Guillermo sacaba su rebaño a pastar y para llegar a los tiernos pastos, tenía que pasar por delante de la escuela, donde los niños más afortunados estudiaban.

Aunque algunos niños que estaban en la escuela (por lo visto no la aprovechaban mucho), solían decirle en tono burlesco — Guillermo, si no estudias, serás un analfabeto, un burro y se burlaban de el.



Sobre las doce de ese mismo día (estando sentado y repostado sobre el tronco de una vieja higuera), le entró un sueño muy dulce y se quedó dormido y una vez dormido, tuvo un extraño sueño.

Su sueño: Tú lo que tienes que hacer, es llevar el rebaño a donde no haya comida, o perder alguna oveja y cuando lo hayas hecho varias veces, veras como tus padres no te mandan más con el rebaño y entonces, veras como si que podrás ir al colegio. Cuando se despertó de aquel extraño sueño, se juntó con un amigo, que como él, tenía que cuidar un rebaño y le pasaba lo mismo, no podía ir al colegio.

— ¿Que llevas en el sombrero de paja?—le preguntó Bernardo, que era como se llamaba el amigo—.

Guillermo se quitó el sombrero y pudo comprobar con asombro, la camisa de una serpiente enroscada en la copa de su sombrero.

Bernardo al verlo tan sorprendido, le preguntó— No me digas, que no te habías dado cuentas.

—No, la verdad es que no, lo que si he tenido un sueño muy extraño.

— ¿Es que te has quedado dormido?

—Si, me entró de repente un sueño muy dulce y ha sido cuando he tenido el sueño.

— ¿Y que sueño ha sido ese?

—Como tú sabes, yo tengo muchas ganas de ir a la escuela.

—Si, eso ya lo se, me lo dices todos los días.

En el sueño una voz me decía— si llevaras el rebaño, a donde no hubiera comida, o perdieras alguna que otra oveja, tus padres no te mandarían más con el rebaño y si que podría ir a la escuela—.

—Oye, no es mala idea.

—Que me dices, tú estas loco, si yo no diera de comer a mi rebaño, para que produzca leche, no tendríamos en casa para comer. Además mí papá está muy enfermo y yo soy el mayor de mis hermanos y tengo que cuidar el rebaño, para que ellos no pasen hambre.

Ese día cuando volvió a su casa, le contó a su madre, lo que le había pasado.

—Mamá: hoy me ha pasado una cosa muy extraña, me he quedado dormido en el campo y he tenido un sueño muy raro. Además, una serpiente me ha dejado su camisa enroscada en mi sombrero.

— ¿Que sueño ha sido, hijo, que me estás asustando?— le preguntó su madre, con preocupación—.

—Una voz muy persistente, me decía que llevara el rebaño a donde no hubieran pastos, o que perdiera alguna oveja y que si lo hiciera muchas veces, seguro que conseguiría ir a la escuela, por que para ustedes, no serviría como pastor y entonces me enviaríais a la escuela.

— ¿Hijo y tú que piensas de todo esto?

—Que no estoy de acuerdo mamá, que si para que yo aprenda cosas en la escuela, tienen que pasar hambre, mi familia y mis ovejas, con lo que se, ya tengo bastante. Su madre lo abrazó y dándole un dulce beso, le dijo —Hoy soy la mujer más feliz del mundo—.

¿Por que mamá?

Hoy ha venido un joven sediento a pedirme agua y cuando estaba bebiendo, ha sentido a tu padre toser. Al sentirlo, me ha preguntado si había algún enfermo en la casa, le dije que mi marido. Entonces me dijo que él, era médico y que si no tenía inconveniente, podría visitarlo. Yo le contesté que si y le acompañe a donde estaba tu padre y cuando estábamos junto a él, me dijo que le llevara una palangana con agua. Cuando volví, me dio la mayor de las alegrías, diciéndome, que tu padre estaba prácticamente curado y que muy pronto podría trabajar y también, por tener un hijo tan maravilloso como tú. Además no me ha querido cobrar nada, me ha dicho que ya había cobrado —dijo la madre y se abrazó de nuevo a su hijo—.